Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

13º Domingo de Tiempo Ordinario (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Rosalino Dizon Reyes

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús (Fil 2, 5)

La respuesta de los discípulos me da a entender que les suena tonta y un tanto inocentona la pregunta de Jesús: «¿Quién me ha tocado el manto?». Pero tal reacción no es nada reprensible si se compara con la risa desdeñosa de aquellos lamentadores que acaban de oír: «¿Qué estrépito y lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida».

Las dos reacciones, si bien diferentes, algo tienen en común. Ambas resultan del razonamiento inductivo que, aunque útil, no carece de riesgo, como lo demuestra el ladrón que concluye que todos son de su condición. Los discípulos creen que la sensibilidad de Jesús debe ser la misma que la de ellos. No se les ocurre concederle una sensibilidad extraordinaria. En cuanto a los que están lamentando, porque así se les ha manifestado siempre la muerte que han presenciado a lo largo de su vida, no hay nadie quien les diga ahora, sin ser ridículo, que en este caso no se trata de la muerte.

De las experiencias particulares llegamos sí a ciertas conclusiones generales sobre lo que es la vida, la naturaleza o la realidad. Lo desventajoso de dichas conclusiones, además de no ser siempre acertadas, es que nos impiden pensar fuera del molde tradicional. «Así es la vida», decimos y la aceptamos tal como la conocemos, aprovechando los bienes que ella aporta y resignándonos a sus desdichas. Por falta de visión, nos extraviamos (Prov 29, 18). Presos de nuestra manera de pensar y modo de vivir, —como es el caracol de su concha, por referirme a una plática de san Vicente de Paúl (XI, 397)—, no logramos ver otra realidad que es mucho más grande y más amplia que la de nuestra experiencia.

La experiencia se toma por el mejor maestro. Nos enseña que tanto la muerte como la vida forman parte de la naturaleza. Debido a que bien hemos aprendido la lección, con mucha dificultad se nos pega otra que enseña: «Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes ».

Y porque por años se nos ha inculcado que la caridad comienza por casa, lo que es razonable y concuerda con el sentido común y también con la ley de la supervivencia de los más aptos, nos cuesta vivir de acuerdo con la exhortación de que no nos encerremos en nuestros intereses, sino que busquemos todos el interés de los demás (Fil 2, 4; 1 Cor 10, 24). Asimismo, pasando toda la vida en una sociedad donde cada cual se categoriza o clérigo o religioso o laico, o de la clase alta o de la clase media o de la clase baja, no aceptamos fácilmente ni la recuperación de la Iglesia como el pueblo de Dios ni la enseñanza de que Jesús, siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos ni el aviso de que la abundancia de unos remedie la falta de otros, para que haya igualdad. Más desafiante aún, como lo indica John W. O'Malley, S.J., en un artículo en la revista *America* del 24 de febrero de 2003, es implementar lo que supone el ideal de la comunidad y de la igualdad, a saber: el diálogo, la colegialidad, el servicio, la renovación y el retorno a las fuentes, la inclusividad y la participación de todos.

Rompiendo con los que suelen pensar sólo en un mesías triunfalista, Jesús se revela como el Mesías sufriente. Nos abre los ojos a una nueva alianza, sellada con su propia sangre. Si tenemos la fe de Jairo o de la mujer con flujos de sangre, conoceremos esta nueva realidad y veremos que en ella la muerte y la pobreza ceden el paso a la vida y la abundancia y la antigua figura cede el puesto al nuevo rito.

Relacionado